

1

Gabriel Blanch se incorporó de la cama temprano y, al poner el pie en el suelo, lo asaltó un mal presentimiento. Rememoró de nuevo aquella pesadilla recurrente. Había sido tan real que todavía sentía las cuerdas aprisionando su cuerpo e impidiéndole respirar. Tratando de no darle importancia, se duchó en su minúsculo baño.

Con la toalla anudada a la cintura, cruzó el salón-comedor en un par de zancadas y entró en la vieja cocina. Abrió el tarro de cristal donde guardaba el café en grano de una cooperativa de Nyeri, muy próxima al monte Kenia, y depositó una cucharada sobre la báscula.

Marcó veintiún gramos. El peso del alma humana, según una antigua creencia popular.

Esbozó una media sonrisa. Las personas, se dijo, eran capaces de depositar su fe en las ideas más peregrinas. Giró sin prisa la rueda del molinillo y observó cómo las muelas cónicas desmenuzaban los granos tostados hasta convertirlos en arenilla uniforme.

Prendió un fósforo y, tras encender los fogones, desenroscó la cafetera italiana. Rellenó con agua la base inferior, depositó el café molido sobre el filtro y, una vez cerrada la tapa, dejó que se calentara a fuego lento. A sus treinta y tres años, degustar un buen café era el único lujo que todavía se podía permitir.

Se acomodó en el sofá del salón y, entornando los ojos, bebió un sorbo largo de su taza. Aquel café tenía cuerpo y su acidez fosfórica, con un punto dulce, le recordaba al aroma de los frutos rojos y negros de su infancia.

Suspiró satisfecho y encendió la televisión para ver el informativo. Las impactantes imágenes de un pez gigantesco devoran-

do palomas lo sobresaltaron. Subió el volumen para escuchar la voz de la presentadora.

«Estos días el Ebro, a su paso por Zaragoza, ofrece un insólito espectáculo. Desde el centenario puente de piedra, los transeúntes contemplan asombrados cómo los sirulos cazan a las palomas que vienen a refrescarse en el agua del río. Estos peces, que pueden llegar a medir casi tres metros y pesar más de doscientos kilos, se abalanzan sobre sus víctimas con la voracidad de los grandes depredadores. Los sirulos proceden de los caudalosos ríos de Centroeuropa y han sido catalogados como especie invasora. De momento, ya han provocado la total desaparición del bardo en el río Ebro y otros peces nativos se hallan en peligro de extinción.»

«Los peces grandes siempre se acaban comiendo a los pequeños», pensó Gabriel mientras enjuagaba la cafetera de aluminio.

Tras descolgar su bicicleta de la pared, la bajó a pulso por las escaleras del edificio y se montó sobre ella para acudir al trabajo.

A la altura de la plaza España, el brusco frenazo de un novato al que se le había calado el coche derivó en un concierto de cláxones e improperios. No era para menos. Había estado a punto de provocar un accidente en cadena.

Una vez superada la plaza, continuó pedaleando hasta llegar a la avenida Diagonal. Allí los coches circulaban civilizadamente, los corredores matutinos tragaban el aire contaminado sin alterar el rictus y ningún transeúnte invadía el carril bici.

Diagonal arriba todo parecía ir bien en Barcelona.

Hasta que entró en la redacción.

Al detectarse su presencia, las conversaciones se interrumpieron y un silencio incómodo se apoderó de la sala. Algunos compañeros le dirigieron miradas fugaces, apenas disimuladas, y otros bajaron la vista hacia sus papeles.

Cuando advirtió que el ordenador con el que solía trabajar ya no estaba sobre su mesa, se temió lo peor.

—Buenos días, Gabriel —lo saludó, con tensa amabilidad, el redactor jefe—. Será mejor que pasemos a mi despacho.

—¿Sucede algo, Mario? —le preguntó en cuanto se quedaron a solas.

El redactor jefe tragó saliva.

—Ya sabes que no corren buenos tiempos para el periodismo... Los números no salen y hay que recortar por algún lado. El director general ha decidido suprimir tu sección.

—La de cultura... ¿Por qué será que no me sorprende que se la carguen? —dijo Gabriel, con acidez—. Alguien debería explicarle a ese *figura* que sin un plus de calidad no es posible vender periódicos hoy en día. Para no profundizar sobre ningún tema ya está la prensa gratuita.

—Te aseguro que he intentado defender la sección —protestó Mario—. Pero los ingresos por publicidad han caído en picado, las ventas no dan ni para pagar el papel, y nuestra apuesta por Internet no funciona.

Gabriel negó enérgicamente con la cabeza, mientras sentía cómo el corazón se le aceleraba. Aquello tenía mal arreglo.

—¿Estoy despedido? —preguntó de repente.

—Nada de eso —lo tranquilizó Mario—. Si queremos sobrevivir, vamos a necesitar a los mejores. Así que no eres el primero de mi lista pese a que hayan suprimido la sección de cultura. De momento, te voy a pasar a la revista dominical y luego iremos improvisando de oído en función de la música que nos toquen.

Gabriel asintió en silencio. Siempre habían mantenido algunas discrepancias a la hora de enfocar las noticias, pero debía reconocer que Mario era un tipo legal. Tras unas palabras de cortesía, se estrecharon la mano y él se dirigió al despacho de Marta, la jefa del magazine.

La ley antifumadores no se aplicaba en su despacho, un territorio libre de toda ley que no fuera la suya. Los papeles se arre-

molinaban alrededor de su mesa como si estuviera sitiada, el teléfono sonaba sin que se decidiera a cogerlo y el humo contribuía a crear una atmósfera del todo asfixiante.

—¿Cómo pretenden que saque un dominical de sesenta y cuatro páginas con solo tres personas trabajando? —se quejó en voz alta, haciendo caso omiso del teléfono.

—Mario me ha dicho que a partir de hoy también puedes contar conmigo —proclamó con expresión neutra.

Marta suspiró, aplastó su cigarrillo en el cenicero y se encendió otro Marlboro *light*.

—Menos da una piedra —dijo a modo de bienvenida.

Después, su nueva jefa decidió que era el momento oportuno para contestar al teléfono. Gabriel observó en silencio su figura bien entrada en carnes. Fumar no la ayudaría a rebajar sus abundantes kilos mientras continuara devorando compulsivamente las galletas y chocolatinas distribuidas estratégicamente por su mesa. Marta era una firme candidata a sufrir pronto un ataque cardíaco. El periodismo se había convertido en una profesión de alto riesgo.

—Ya tengo un reportaje para ti —anunció tras colgar el auricular—. ¿Has oído hablar de las avispas asesinas?

Asintió con extrañeza antes de contestar. El punto fuerte del magazine eran los temas locales.

—En China decenas de personas han muerto y cientos han resultado heridas a causa de las picaduras de avispas gigantes. Afortunadamente para nosotros, unos miles de kilómetros nos separan de ellas.

—Te equivocas... Me acaban de comunicar que han detectado una colonia de avispas asiáticas asesinas en La Garrotxa. El tema se merece un artículo especial a cuatro páginas.

Gabriel notó un aguijonazo en el estómago. Hay personas con fobia a la oscuridad, a volar, a los espacios cerrados, a las ratas, a las multitudes... Él no soportaba a las abejas ni a las avispas. Habían pasado más de dos lustros desde aquel traumático incidente de su infancia, y aun así...

—El asunto me parece apasionante —mintió Gabriel—, pero ¿no sería mejor encargárselo a algún colaborador más especializado en temas ecológicos? Yo me podría ocupar de...

—Es perfecto para ti —lo cortó—. Bastará con que vayas a documentarte sobre el terreno.

No podía iniciar la relación con su nueva jefa negándose a aceptar el encargo, así que se limitó a preguntar:

—¿Para cuándo quieres el reportaje?

—Para dentro de tres días: diecisiete mil espacios distribuidos en cuatro páginas. Ya sabes lo que funciona. Información de primera mano sobre la nueva plaga bíblica, con entrevistas a campesinos, médicos, avicultores, agentes rurales, posibles víctimas... Y, sobre todo, fotos impactantes de esas avispas letales. ¿Entendido?

Gabriel suspiró resignado. Aquel trabajo le iba costar más que ningún otro y nadie se lo iba a agradecer.

—Una cosa más —dijo Marta alzando un dedo—. No hay presupuesto para viajes. Si coges taxis tendrás que pagártelos tú. Apáñatelas como puedas, pero ten listo el reportaje en tres días.

Al salir del despacho tuvo la sensación de que había ingresado en el club de las especies en peligro de extinción.

2

«LA DESAPARICIÓN DE LAS ABEJAS ANUNCIA EL FIN DEL MUNDO»

Aquel era el titular sensacionalista que había utilizado como reclamo para que los lectores se interesaran por una entrevista que había realizado a Diana Cox, la prestigiosa doctora de etnología, durante su visita a Barcelona el otoño pasado.

Tras su conversación con la jefa del magazine semanal, ya no le parecía tan sensacionalista. Las avispas asesinas podían llegar a atacar a los humanos, pero el plato preferido de su menú consistía en cabezas decapitadas de abejas locales.

Pese a sus reticencias, el tema era de máximo impacto. Por eso, al regresar de la redacción, Gabriel se atrincheró en su piso para documentarse en profundidad sin que nada ni nadie lo molestara. Cerró la puerta de la cocina y bajó las persianas de su pequeño salón-comedor.

Rebuscando entre sus papeles encontró aquella antigua entrevista. Releerla no lo ayudó a calmarse. En opinión de la doctora Cox, si las abejas dejaran de existir, el ser humano tendría los días contados. Su argumento resultaba tan chocante como lógico.

Las abejas, al transportar polen de flor en flor, hacen posible el milagro de la fecundación. Por eso siempre repito que son heraldos de la vida. Si las plantas no pudieran reproducirse, los animales vegetarianos morirían, y las especies carnívoras no tardarían demasiado en seguir sus pasos.

La cadena alimentaria era tan delicada que se rompería si faltaban las abejas. Una reflexión inquietante, considerando las pa-

labras impresas con las que había cerrado su entrevista con la doctora estadounidense.

Una de mis grandes preocupaciones es que, desde hace algún tiempo, las abejas están desapareciendo de las colmenas americanas y de otras partes del mundo. Es el fenómeno conocido como Colapso de las Colonias. Se marchan de sus colmenas y los apicultores las encuentran abandonadas sin explicación aparente. Nadie ha logrado dar con una respuesta al enigma. Las abejas se nos están muriendo y no sabemos cómo salvarlas.

Según le había comentado, las causas podían ser múltiples: la contaminación, el abuso de pesticidas, la proliferación de monocultivos industriales, nuevos virus y parásitos... O una combinación de todas ellas. Además, había añadido, las abejas estaban amenazadas por especies invasoras contra las que no podían competir.

La lectura de noticias recientes sobre las avispa asesinas en Cataluña corroboró los temores de la doctora. Un artículo de *El País* alertaba sobre sus consecuencias:

El 19 de septiembre se avistaron en La Garrotxa (Girona) algunos ejemplares de avispa asesinas. Originarias de Asia, se cree que llegaron a Europa en un barco de mercancías y en la actualidad constituyen una amenaza capaz de acabar con las abejas y arruinar la industria de la miel en el sur de Francia y el norte de España. De considerable tamaño, lo que más asusta es su enorme capacidad reproductiva. Los apicultores catalanes están preocupados porque esta avispa no tiene depredador. Para evitar el desastre hay que aniquilarlas por completo antes de que se propaguen. Si no se consigue, ocurrirá como con el mosquito tigre, que ha hecho invivibles muchas terrazas del área de Barcelona.

Gabriel supo que tenía entre manos un asunto que podía prender mecha en la atención de los lectores, pero necesitaba recabar la opinión de científicos para ganarse su confianza.

Tras una intensa búsqueda por Internet, localizó una doctora en biología de la Universidad de Barcelona que había investigado el tema. Su tesis doctoral versaba sobre las especies invasoras en Cataluña y en el índice de su obra dedicaba varios puntos a las amenazas que se cernían sobre las abejas autóctonas.

La lectura del prólogo introductorio acrecentó su entusiasmo. Concertar una entrevista con ella le resolvería medio reportaje.

Se disponía a teclear el número de información de la UB, cuando un extraño ruido proveniente de la cocina lo sobresaltó. Abrió la puerta intrigado y, para su sorpresa, se encontró a una urraca golpeándose contra el cristal de la ventana.

Aquellas aves de pico negruzco y cabeza oscura habían emigrado de las zonas rurales y cada vez estaban más asentadas en Barcelona, sobre todo en barrios como el suyo, muy próximos a la montaña de Montjuic. Seguramente se había aventurado en la cocina buscando comida, antes de que él cerrase la puerta de su tentadora despensa.

Ahora lo observaba temblorosa, acurrucada sobre el alféizar. Con un gesto decidido de la mano, Gabriel abrió la ventana. El ave comprendió y abandonó su prisión batiendo las alas.

Tras limpiar la cocina de los excrementos dejados por aquella asustadiza invasora, se aprestó a volver a marcar el número de teléfono de la universidad. La operadora le transfirió a un número equivocado, pero después de otro intento infructuoso consiguió comunicarse con un responsable del Departamento de Biología Molecular.

—¿Busca a la profesora Ferreira para una entrevista de prensa? Un momento, por favor.

Gabriel entretuvo su espera imaginando cómo sería aquella doctora especializada en genética y especies invasoras. ¿Qué clase de mujer se dedicaría a investigar durante años cosas así?

—Buenos días. Soy Iria Ferreira —saludó una voz que se le antojó profunda y suave al mismo tiempo.

—Buenos días, soy periodista y estoy ultimando un reportaje urgente sobre las avispas asesinas en Cataluña. Me gustaría entrevistarte, si me permites que te tutee. Tu tesis sobre las especies invasoras me ha parecido fascinante —mintió— y sería bueno para el público contar con la opinión de una doctora en biología.

Al otro lado de la línea se hizo un largo silencio. Después, Iria lo sometió a una ráfaga de preguntas atropelladas. Para qué medio de comunicación trabajaba, qué extensión tendría el reportaje, si citaría sus opiniones textualmente y si podía acreditarse ante ella como reportero del periódico. Parecía recelosa, así que se esforzó por mostrarse convincente.

Cuando acabó de responder a su interrogatorio, ella se quedó callada un buen rato. Gabriel dudó sobre si se había cortado la comunicación o si la profesora estaba sopesando su respuesta.

—Todavía me queda una hora de trabajo en el laboratorio —dijo al fin, con una cadencia casi musical—. Si te das prisa, podría esperarte.

—En media hora estaré allí.

Tras colgar, Gabriel se acordó de que en el pueblo de sus abuelos todo el mundo creía que las urracas eran pájaros de mal agüero.

3

Gabriel aparcó la bicicleta en la entrada de la facultad y se pasó un pañuelo por la frente. El calor húmedo de Barcelona no remitía ni siquiera en septiembre. Sobre el césped, un par de jóvenes jugaban al fútbol poniendo en peligro a parejas melosas y a los estudiantes que descansaban con las carpetas como almohadas.

Un cartel coronando la puerta de acceso proclamaba NO A LA EXPERIMENTACIÓN ANIMAL.

En el interior del recinto, verdes enredaderas se descolgaban desde las terrazas de los pisos superiores formando un dibujo semejante al de la hélice doble del ADN. Mientras trataba de dar con los laboratorios, Gabriel observó con curiosidad los microscopios de diversas épocas que se exhibían en las vitrinas, pero no encontró ningún letrero que lo ayudara a orientarse.

—Estoy buscando a la doctora Ferreira —decidió preguntar a un bedel recostado sobre una mesa.

El ordenanza consultó sus papeles con aire ausente antes de anunciar, lacónico:

—Hoy no imparte clases.

—He quedado con ella en su laboratorio.

—Entonces está usted en el edificio equivocado. Es abajo, saliendo a mano derecha.

Gabriel no tardó en comprobar que el edificio contiguo albergaba el departamento de Biología Molecular. Tras deambular por un largo pasillo salpicado con tabloncillos de anuncios y pósteres de células en color, entró en lo que sin duda era un laboratorio.

Paseó la mirada por las mesas de melanina y por los armarios de cristal repletos de recipientes, frascos, tubos de ensayo y cajas numeradas.

Frente a lo que parecía un telescopio electrónico, una mujer con bata blanca, zapatillas deportivas y cola de caballo tomaba notas en un bloc. Su pelo, muy negro, lacio y brillante, contrastaba con el blanco mate de su uniforme. De complexión delgada, Gabriel calculó que medía alrededor de un metro sesenta y cinco.

Sobre la cabeza de la científica, un extractor en forma de campana emitía un zumbido constante que debía de haberle impedido oír su llegada.

—¿Doctora Ferreira? —inquirió con voz vacilante.

Ella se giró, sobresaltada. Le pareció muy joven para ser la mujer que buscaba.

La chica lo miró en silencio, depositó unos tubos en la vitrina y apagó el extractor. Luego, se sacó los guantes de látex y le tendió la mano.

—Yo soy Iria Ferreira.

Gabriel exhibió una amplia sonrisa y le estrechó la mano.

El tacto de ella era suave pero firme, como si fuera una prolongación de su rostro. Los ojos, muy azules, se escondían tras unas grandes gafas de pasta que ocultaban parcialmente unas cejas bien definidas bajo su ancha frente. Su nariz, recta y elegante, combinaba la determinación con un cierto halo aristocrático.

—Te agradezco que hayas aceptado hablar conmigo tan pronto —dijo Gabriel, tras presentarse.

Ella se sonrojó, algo azorada.

—La verdad es que no estoy acostumbrada a que me hagan entrevistas. —Su voz tenía un eco musical que delataba su origen gallego—. Si quieres, podemos sentarnos aquí mismo.

Él extrajo su móvil del bolsillo y activó el micrófono mientras se acomodaba. Iria frunció el ceño y se revolvió nerviosa en su silla.

—Siempre grabo las conversaciones —explicó Gabriel—, pero si estás más cómoda puedo limitarme a tomar notas.

—Al contrario —replicó ella, muy seria—. Prefiero que me cites textualmente. Para alguien que no es del ramo resulta fácil incurrir en inexactitudes y, según me comentaste por teléfono, vas a escribir un reportaje sobre avispa asesina, ¿no es así?

—En efecto. Mi primera idea era centrarme en las avispas asiáticas que han llegado a La Garrotxa. Sin embargo, al averiguar que suponen una grave amenaza para las abejas autóctonas, busqué la opinión de algún biólogo que ofreciera al lector un enfoque más amplio. Y tu tesis doctoral sobre las especies invasoras en Cataluña me llevó a pensar que eres la persona ideal.

—Solo he aportado mi granito de arena sobre el tema —dijo ella con modestia—. Las especies invasoras procedentes de otros continentes aumentan año tras año. Y está claro que sus efectos sobre nuestro ecosistema serán devastadores. El Delta del Ebro, por ejemplo, ya está invadido por millones de caracoles manzana que destruyen los arrozales. Y en el sur de Tarragona las moscas de olivo también causan estragos. Pican las olivas para depositar sus huevos, y las larvas se alimentan con su pulpa, echando a perder así las aceitunas. Por desgracia, los métodos que se utilizan actualmente para detener el avance de estas plagas no son efectivos.

—¿Y cuáles emplearías tú? —preguntó Gabriel.

Iria sonrió con timidez, y sus dientes blancos se alinearon en perfecto orden.

—Mutaciones genéticas. Esa debería ser nuestra respuesta ante las amenazas que no podamos combatir de otro modo. Sin embargo, nuestras autoridades son muy reacias a medidas de este tipo. La legislación actual no permite...

—Eso puede estar cambiando —la interrumpió Gabriel, extrayendo de su bolsillo un artículo reciente de *La Vanguardia*, donde había destacado con flúor un par de párrafos.

La empresa británica Oxitec ha solicitado una autorización para hacer ensayos de campo introduciendo moscas del olivo

transgénicas en una finca de Tarragona. Este sería el primer caso en Europa de animales transgénicos liberados dentro de un entorno natural para acabar con su propia especie. «El diseño de las moscas macho contiene una información genética programada para que, cuando se apareen con las hembras, toda la descendencia muera en la fase de larva», explicó un portavoz de Oxitec.

Ensayos de este mismo tipo, basados en modificaciones genéticas, se han llevado a cabo con mosquitos que transmiten el dengue en Brasil, islas Caimán y Malasia. En breve se autorizarán nuevas pruebas en Estados Unidos, Panamá e India.

Iria le dedicó una mirada cargada de escepticismo.

—No creo que aquí aprueben este experimento —dijo con un mohín en los labios—, aunque sería muy oportuno. Las moscas del olivo están desarrollando defensas cada vez más resistentes contra los productos químicos y la normativa europea ya no permite fumigar desde el aire salvo en casos muy especiales. En cambio, donde los agentes químicos no han funcionado, los insectos transgénicos triunfarían. Y su éxito abriría la puerta para que pudiéramos utilizar esas técnicas en otras especies.

—¿Y si no pudiéramos volver a cerrar esa puerta? —objetó Gabriel—. La caja de Pandora ya no parece un mito tan lejano con esta clase de experimentos...

Ella lo miró como si el azul de sus iris se hubiera congelado, pero tras esa gélida expresión Gabriel adivinó el fuego de una pasión capaz de incendiarlo todo a su paso.

—Yo no creo en mitos —dijo Iria—, sino en soluciones reales para problemas reales. El agricultor que cruzaba especies en Mesopotamia hacía lo mismo que el investigador que manipula genes con pipeta bajo el microscopio. La diferencia son los medios, eso es todo.

La referencia a Mesopotamia lo inquietó, porque Gabriel conocía bien el contenido de las tablas de arcilla sumeria. Los anti-

guos dioses guardaban oscuros secretos. Y ahora los científicos jugaban a ser nuevos dioses con la ciencia de la genética.

—Mi trabajo como periodista es hacer de abogado del diablo —se disculpó, sin revelar sus reflexiones personales—. Mucha gente tiene miedo de que, una vez creada una especie alterada genéticamente, su evolución escape al control de sus creadores.

Iria se acarició el pelo y a Gabriel le pareció un gesto muy seductor, aunque supuso que solo pretendía aliviar la impaciencia que se estaba adueñando de ella.

—Estamos destrozando el medio ambiente con el uso de energías fósiles altamente contaminantes, construimos centrales nucleares incluso al borde del mar, y enterramos toneladas de residuos radioactivos en sarcófagos de cemento... Te aseguro que el problema de nuestro planeta no serán unas moscas mutadas para evitar que algunas hembras de su especie tengan descendencia.

Lo miró fijamente, sin añadir nada, y ambos guardaron unos segundos de silencio.

—No pareces muy convencido —dijo al fin Iria.

—Es que los de letras somos duros de mollera —bromeó Gabriel.

Ella sonrió.

—Bueno, tengo algo mejor que teorías para convencerte a ti y a tus lectores. Has llegado en el momento justo. ¿Qué te parece sobrevolar mañana en helicóptero la zona boscosa donde se ocultan los nidos de las avispas asesinas?

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —preguntó sorprendido.

—En absoluto —replicó Iria—. Tengo un amigo biólogo que trabaja en el control de esa plaga y mañana le acompaño en un vuelo programado para tratar de hacer un mapa de los avisperos. Puedes venir conmigo en el helicóptero y después exploraremos con ellos la situación sobre el terreno.

Un escalofrío recorrió la espalda de Gabriel, pero se dijo que no podía rechazar aquella oportunidad.

4

Se le hiela la sangre al escuchar los primeros zumbidos, penetrantes como agujas. Varias abejas revolotean a su alrededor. Las patas son semejantes a las de una cucaracha. Los ojos carecen de pupilas, pero parecen verlo todo como a través de una escafandra. En lugar de cejas tienen antenas, y su boca triangular se agita a intervalos irregulares.

Sin escapatoria posible, contiene la respiración y procura quedarse tan inmóvil como si fuera una extensión del árbol. Una abeja se pasea por su rostro, como si explorara un nuevo territorio. Presa del terror, cierra los ojos y entreabre los labios para respirar muy despacio por la boca. Las patas de otra abeja se posan sobre sus labios. Pese al pánico que siente, permanece completamente inmóvil. Intuye que si se agita lo picarán sin remedio hasta acabar con su vida.

«Las abejas mueren al inyectar su aguijón», recuerda haber escuchado.

«Si no me perciben como una amenaza, no me harán daño.»

Gabriel se aferra a ese pensamiento cuando otra abeja recorre sus labios. Un cosquilleo en las orejas le alerta de que las abejas continúan escudriñando todos sus rincones. Tal vez sea su forma de juzgarle...

Todos sus sentidos se amplifican más de lo que jamás hubiera imaginado. Es consciente de sus más pequeñas funciones corporales. Segrega saliva, pero no la traga para evitar perturbar a las abejas que le rondan por la garganta. Su corazón late tan fuerte que le provoca dolor en el pecho.

El tacto de las abejas con su piel le produce escalofríos. Quiere gritar, pero no debe. Comienza a temblar descontroladamente.

Los zumbidos están ahora dentro de su cabeza, como si fuera a explotarle. Ya no puede respirar y el escaso aire acumulado en sus pulmones está a punto de agotarse. Se ahoga sin remedio. Pronto morirá.

Las abejas acuden en tropel desde la colmena y se van posando en sus ojos, en sus cejas, en los labios y en el resto del rostro hasta cubrirlo por completo. Su cabeza es ahora una máscara amarilla que vibra al ritmo de la colmena. Una explosión de luz amarilla es lo último que siente antes de despertar.

Gabriel agitó espasmódicamente la cabeza, como si todavía sintiera a las abejas dentro de él. Tardó unos segundos en comprender que estaba soñando.

Al incorporarse de la cama, constató que estaba empapado de sudor. Un sudor frío que olía a miedo y humillación.

Tras levantarse de la cama, se desnudó y fue a secarse el cuerpo con una toalla. Aquel sueño le había hecho revivir, otra vez, el día más terrorífico de su infancia.

El día en que unos chicos mayores de una aldea cercana a la casa rural de sus abuelos lo habían atado a un árbol para jugar a indios y vaqueros. Al descubrir un panal de abejas escondido en las ramas de su copa, se habían armado de piedras. Después, habían ejercitado su puntería contra la colmena entre risas y bravatas.

Hasta que se oyó un golpe seco. Con los primeros zumbidos los *indios* salieron corriendo despavoridos. Pero él no pudo escapar. Firmemente atado, no pudo mover ni piernas ni brazos.

Así, amarrado al árbol, habían transcurrido tres eternos cuartos de hora hasta que su familia vino a rescatarle. Para entonces las abejas ya no revoloteaban a su alrededor. Los niños mayores habían confesado y les esperaba un castigo ejemplar, pero el suyo duraría toda la vida: una fobia atroz a los insectos voladores y una asfixiante sensación de claustrofobia que aparecía en los momentos más imprevistos.

Gabriel suspiró hondo. Tras ducharse, abrió la ventana de su salón-comedor. Las luces de un par de coches perdidos atravesaban la avenida.

Sonrió con amargura. Era él quien estaba perdido y no los coches.

Decidió que no acudiría a su cita con Iria. Tras alegar cualquier pretexto, le enviaría un mensaje al móvil para disculparse. Faltaban todavía horas para el amanecer y le iba a resultar imposible volverse a dormir.

Tenía toda la noche por delante para inventarse una excusa.

5

Gabriel admiraba la panorámica desde el helicóptero como si fuera un paisaje de otro planeta. Entre los espesos bosques de La Garrotxa, emergía el volcán de Santa Margarida como una pirámide singular. Sus paredes, recubiertas de frondosa vegetación, ascendían en ángulo hasta lo alto, pero en lugar de cerrarse formando un vértice, permanecían abiertas como una copa. El interior del cráter exhibía un verde tenue y sin relieve, como el césped de un jardín recién cortado.

Tras despertar de su pesadilla, pensó que le resultaría imposible salir con la joven bióloga a buscar los nidos de las avispas asesinas. Sin embargo, en el último momento había decidido acudir a la cita.

No quería seguir siendo prisionero de un lejano episodio de su infancia, pero, lamentablemente, escapar de sus fobias no dependía de su voluntad. Se sentía maniatado por el cinturón de seguridad y aquella ruidosa cabina le provocaba una creciente claustrofobia.

—De momento no se ve ni rastro de avispas —dijo Gabriel.

Pese al ruido de los motores y de la hélice, todos los pasajeros portaban cascos provistos de auriculares y micro que permitían mantener conversaciones en grupo con relativa fluidez.

—Es como buscar una aguja en un pajar —afirmó el piloto—. Los nidos se esconden entre las copas de los árboles más frondosos y no logramos divisarlos ni con los mejores prismáticos. Hace tres días que hemos equipado el helicóptero con una cámara térmica, pero ni por esas.

El amigo biólogo de Iria explicó que, como la temperatura exterior rozaba los nueve grados centígrados aquella mañana y

los nidos de avispas rondan los veinticinco, el contraste debía facilitar la búsqueda. Sin embargo, hasta aquel momento no habían cosechado ningún éxito.

—Si no encontramos los avisperos antes de noviembre, se producirá una catástrofe —suspiró Iria con expresión preocupada—. Dentro de poco, las reinas fecundadas saldrán de sus guaridas para crear otras colonias. En los nidos que buscamos suele haber unas doscientas hembras reproductoras. ¡Y cada una de ellas puede procrear a más de doce mil descendientes!

Gabriel imaginó a millares de avispas asesinas merodeando por aquellos parajes...

—Supongo que los estragos que causarían son incalculables... —musitó consternado.

—Eso es exactamente lo que opinan los apicultores —intervino de nuevo el piloto—. Sería el fin de sus abejas y de su forma de vida. Para tratar de impedirlo muchos agentes rurales, ayudados por los apicultores, están batiendo la zona desde hace semanas. También se han colocado centenares de trampas para avispas, pero nada ha funcionado. ¡Por eso estamos en este helicóptero!

Gabriel se concentró en escudriñar las copas de los árboles con sus prismáticos. Una punzada fría le recorrió la médula espinal mientras intentaba localizar los insectos asesinos. El ruido del motor era tan intenso que lograba traspasar su casco y repique-teaba en el interior de su cabeza como un martillo pilón. Se preguntó por qué diablos se había embarcado en aquel lío por un reportaje que nadie de su periódico le iba a agradecer. En realidad ya sabía la respuesta: Iria le había gustado desde el primer momento. Por algún motivo que no sabía precisar, sentía que había algo muy especial en ella. Algo diferente que resonaba con fuerza en su interior.

—Ahora nos encontramos sobre el Vall d'en Bas —informó el piloto—. Por lo que sabemos, existen muchísimas probabilidades de que haya un nido aquí. Tal vez más de uno... El sensor debería ayudarnos, pero hasta ahora...

—¡Mirad! —lo interrumpió Iria, muy excitada—. Justo abajo, en ese pinar. ¿No es eso? ¡Parece una calabaza anaranjada!

—Es fácil confundirse... —advirtió el piloto con escepticismo—. Ya nos ha pasado varias veces. Tenemos tantas ganas de descubrir el avispero que hasta cuando un rayo de sol ilumina una piña... En fin, anota la posición en el mapa, Iria. Ahora aterrizaré y podréis ir a comprobarlo sobre el terreno.

Mientras el helicóptero iniciaba su descenso vertical, Gabriel sintió que le faltaba aire.

6

El camino discurría plácido entre castaños, robles y hayas, pero a medida que se acercaban al pinar, Gabriel sentía cómo se incrementaba la tensión de las vértebras alrededor de su cuello. Teóricamente no había ningún peligro si se limitaban a mantener una prudente distancia entre ellos y el avispero, suponiendo que lo encontraran, pero aun así no las tenía todas consigo.

—He leído que un puñado de avispas asiáticas se bastan para aniquilar una colmena entera de abejas y que su veneno es capaz de disolver los tejidos de la piel humana —dejó caer con voz neutra.

—Así es —concedió Iria, sin darle importancia.

—¿Y no deberíamos llevar algún tipo de protección por si nos topamos con un enjambre de esas avispas?

Ella negó con un gesto indiferente de cabeza. Con el pelo recogido y sus grandes gafas de sol, parecía estar disfrutando sin más de un agradable paseo por el bosque.

—No hay motivo de preocupación. La variedad que ha llegado al sur de Europa es la menos agresiva —explicó—. De momento solo han sido atacadas algunas personas por aproximarse demasiado a sus nidos, pero en este tipo de bosques los suelen construir en las copas de los árboles. Y el que me ha parecido ver debe estar a unos veinte metros de altura.

—El piloto no estaba muy seguro de que eso que has visto sea un avispero. Por eso habrá preferido rastrear otra zona con tu amigo biólogo. Supongo que lleva demasiados días buscando el nido como para creer que una *pipiola* pueda dar con él a las primeras de cambio.

—Y seguramente tenga razón. Pero nunca hay que subestimar la suerte del principiante. Además, no soy tan pipiola: ya tengo veintisiete años —añadió con un mohín de reproche.

Iria continuó caminando en silencio con expresión pensativa. Calzaba unas deportivas y tejanos ajustados. Aunque era de compleción delgada, sus muslos parecían bien torneados y sus caderas no carecían de curvas. El jersey de cuello alto, discreto y holgado, no permitía adivinar más detalles sobre su anatomía.

—Tras doctorarme, conseguí una beca y la universidad me ofreció la oportunidad de dar clases mientras continuaba investigando sobre los temas de mi tesis. Supongo que he tenido suerte.

Iria posó su mirada en los hayedos. Eran tan altos que la luz se filtraba a su través como en un susurro.

—¿Y qué hay acerca de ti? —le preguntó de pronto—. Ser periodista debe de ser más apasionante que estar todo el día en el laboratorio.

—Últimamente lo más apasionante de mi trabajo es averiguar si cobraré el sueldo a fin de mes. Mi oficio, como el de las abejas, está en vías de extinción.

—En todo caso, lo que te gusta es investigar, ¿no es cierto?

Gabriel aminoró el paso y frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—He leído algunas cosas sobre ti que me lo han hecho suponer —contestó en un tono enigmático—. Cosas relacionadas con un libro que nunca llegó a publicarse.

—¿Cómo has sabido?...

—Simplemente, he consultado tu cuenta en twitter —dijo ella con una sonrisa traviesa—. Antes de pasar un día entero buscando avispa asesinas con un periodista, necesitaba informarme un poco sobre ti.

El camino se bifurcaba cuando Iria consultó el GPS de su teléfono móvil y escogió un sendero, estrecho y empinado, que se alejaba de los hayedos.

Gabriel se mordió la lengua. Sus investigaciones le habían acarreado más problemas que beneficios. Un reportaje sobre los turbios intereses económicos de importantes empresas era la causa de que lo hubieran relegado a la sección de cultura. Nadie se lo había dicho explícitamente, pero no tenía ninguna duda al respecto. Frustrado, había decidido escribir en forma de novela lo que no le dejaban publicar en su periódico. Al principio todo parecía ir de maravilla. Una editorial se interesó por su libro y le hizo una oferta. Pero tras firmar el contrato, le exigieron algunos cambios. «Cosméticos», según dijeron, para cubrirse ante posibles demandas...

Él se negó y la editorial canceló su publicación hasta nuevo aviso. Gabriel sospechó que tras esa maniobra se ocultaba la mano invisible de un conocido grupo económico y puso una denuncia para recuperar sus derechos. Pero el libro acabó en el limbo judicial. De momento, ahí seguía. Perdido en un laberinto legal de difícil salida.

—Por lo que parece, no soy el único aquí con alma de periodista —se limitó a decir arqueando las cejas.

—¡Es increíble! —exclamó súbitamente Iria, apuntando con el dedo índice hacia arriba.

Gabriel oteó el cielo en la dirección que señalaba Iria. En las alturas planeaba un ave solitaria con las alas extendidas.

—¿Es una águila? —preguntó, aliviado por poder cambiar de tema.

—Mucho mejor que eso... Se trata de una señal de que vamos en la dirección adecuada. ¡Es un halcón abejero!

Gabriel extendió las palmas de sus manos en señal de muda interrogación. Iria continuó:

—Los halcones abejeros son unas aves muy raras que se alimentan de avispas silvestres. El denso plumaje de las patas y sus escamas les protegen de las picaduras durante su ataque.

Gabriel notó cómo sus manos empezaban a sudar.

—Parece que sobrevuela el mismo lugar que habías señalado tú desde el helicóptero...

—Sí, sí —confirmó, muy excitada—. ¡Aceleremos el paso! Estamos muy cerca.

La ruta ascendía de manera continuada. A Gabriel le costaba respirar y empezó a temer que estuviera a punto de padecer un ataque de ansiedad. Se preguntó si sería mejor advertir a Iria, pero lo descartó de inmediato. Confesar sus miedos a esa chica que tanto le atraía era lo último que deseaba.

Iria continuaba ascendiendo con envidiable agilidad. No parecía faltarle el resuello pese a la velocidad con que avanzaba. Los hayedos habían quedado atrás y los grandes pinos se entremezclaban ahora con encinas y robles.

—Si no me equivoco, a partir de aquí tenemos que estar muy atentos —anunció ella.

El rostro de Iria reflejaba una intensa concentración. Gabriel se esforzó por respirar a intervalos regulares mientras escrutaba aquella arboleda. Los pinos eran frondosos y altos. Las ramas nacían casi desde la base del tronco, cubiertas por su característica hoja verde perenne, y ascendían hacia el cielo formando una especie de cono piramidal. Encontrar el nido de avispas iba a resultar muy difícil, incluso si estaba sobre sus cabezas.

—Hay que guardar silencio —advirtió Iria con voz susurrante—. Así podremos escuchar el zumbido de las avispas si pasamos cerca de ellas.

Alejándose de los caminos marcados, se adentraron en el bosque. Los pinos se sucedían, pero no hallaban ni rastro de las avispas. El halcón había desaparecido en el horizonte y no parecía que fuera a regresar para guiarles.

Pese a ser un día soleado, el aire era fresco y a Gabriel le sobrevenía un ligero temblor cada vez que se detenían para examinar con sus prismáticos las ramas de los árboles. Una ráfaga de viento trajo consigo un zumbido, amortiguado y débil, pero perfectamente audible.

Iria apuntó sus prismáticos hacia el lugar de donde procedía, como si estuviera empuñando un fusil con mira telescópica.

—Están allí —anunció con emoción contenida.

Gabriel enfocó sus anteojos en la dirección que le señalaba su acompañante. Aquella imagen de pesadilla lo dejó petrificado. Escondida entre las ramas, a unos quince metros de altura, pendía una bola semejante a una gigantesca esponja marina de color calabaza. Mediría más de un metro, y las avispas se desplazaban por sus rugosidades, entrando y saliendo a través de sus orificios.

—¡Es enorme! —confirmó Iria—. Muchísimo más grande de lo que imaginaba. Ya he anotado las coordenadas en el GPS. Será mejor que nos vayamos, no vaya a ser que la tomen con nosotros.

Gabriel asintió, pero antes de marcharse se sobrepuso a sus miedos y extrajo su cámara de la mochila. El periódico le importaba un bledo a esas alturas de su carrera, pero todavía conservaba pundonor para hacer bien su trabajo.

De haber sabido que lo despedirían al día siguiente, se lo hubiera pensado dos veces antes de tomar aquellas fotos.